



Fue como si chocara con algo muy pesado y duro. Una roca.

El escaso aire que le quedaba en los pulmones escapó lo mismo que las últimas burbujas del pez moribundo. Más aún, el impacto le robó hasta la más mínima reserva. Hubiera caído al suelo, agotado y rendido, de no ser porque William lo abrazó con sus dos tentáculos, y lo apretó como si fuera de papel.

—¡Ah, déjame!... ¡Dé... ja... me...! —empezó a ahogarse.

—¡Hola, Sunny!

Tenía la cara redonda y rojiza de William pegada a la suya. Hank y Larry aparecieron por detrás, uno a cada lado.

—¿Creías que ibas a conseguirlo, chico? —dijo el primero.

—Has estado cerca, muy cerca —valoró el segundo.

—Sabíamos que verías el coche —sonrió William—. Por eso nos subimos al estribo. ¿No has visto que ese modelo tiene un pequeño estribo?

—Por favor, ya vale, ¿no? —suplicó—. ¿No os cansáis de lo mismo?

—¿Cansarnos nosotros? —William miró a Hank y a Larry—. No, nosotros no nos cansamos, pero aunque así fuera, seguiríamos, Sunny, porque a fin de cuentas esto lo hacemos por ti.

—¿Por mí?

—No queremos que seas un cobarde toda la vida, ¿verdad que no?

La puerta del cementerio ya estaba a la vista.
El cementerio.

Un lugar tranquilo y apacible, en el que los
muertos descansaban en paz.

¿Cómo había podido sentir aquel terror de
un lugar tan agradable?

Flamy lo presentía. Ladraba.

Aceleró su marcha. Más que correr, volaba
por encima de las tumbas. En unos segundos se
enfrentaría a Hank, Larry y William.

Les demostraría que había tenido valor, que
llevaba el anillo. Desde ese día lo respetarían.
Tenía que ser así.

Les...

Tropezó.

Calculó mal una distancia, al caer al otro
lado de una tumba. Pisó un hueco, y se torció el
pie derecho.

Pegó un salto y salió disparado hacia adelante.
Iba a darse un soberano batacazo, de bruces. Una
lástima.

Extendió los brazos para protegerse.

